

CAPÍTULO VI.

LAS PROFECÍAS.

En efecto, principiando por esta primer prueba de nuestra fe, las profecías, consideradas en todos los caracteres que presentan, son cosas sobrenaturales y milagros de primera clase. Si se hallan bien demostradas, prueban pues un poder sobrenatural y sin intervencion en el mundo para atestiguar en JESUCRISTO.

Ya he desarrollado esta prueba en un estenso capítulo del cuarto volumen de mis *Estudios*. No intento reproducir aquí este trabajo; solamente me permitiré remitir á allí al lector que desee convencerse de uno de los asuntos mas grandes y mas dignos de él.

Supuesto este trabajo, solo me propongo mostrar la confirmacion que recibe en la *Vida de Jesus* de M. Renan, confirmacion, en mi concepto decisiva, y despues de la cual no hay cuestion.

Esto no es decir que hubiera cuestion seria hasta el dia sobre el valor de las profecías, sino que habiendo negado la incredulidad esta prueba, lo mismo que todas las demás, habia eludido su fuerza. Hoy se decide, en fin, á abandonar este papel por demasiado insignificante y gastado, arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la explicacion, cae fatalmente en una confesion, de la que trata de librarse de un modo ridiculo, según vamos á ver.

I.

Nuestros adversarios están conformes con nosotros desde luego en este punto capital: que cuando reune una profecia todas las condiciones de tal, es un hecho sobrenatural y equivale al mayor milagro.

M. Havel lo dice espresamente: "M. Renan borra de la *Vida de Jesus* toda profecia, todo milagro, en una palabra, todo lo

"maravilloso.¹ De suerte que coloca en la misma línea la profecia, el milagro, lo maravilloso.

"El ortodoxo, dice tambien M. Renan, no necesita probar el "milagro; se contenta solamente con no verse ó no creerse obligado á negarlo: un ejemplo hará esto mas perceptible. El critico abre un Evangelio y encuentra en él la predicción precisa "y circunstanciada de la toma de Jerusalén y de la ruina del "templo. Y en seguida deduce de aquí y sin preguntar mas, "que este libro, ó por lo menos este pasaje, se escribió despues "del acontecimiento á que se refiere, el cual tiene por justificado, á menos que se le presente prueba en contrario."²

Así, es tal el carácter sobrenatural y milagroso de la profecia para el incrédulo, que cuando se presenta en un libro, deduce de este solo hecho que este libro fué escrito despues del acontecimiento.

M. Havel alude aquí al Evangelio de San Lucas y á lo que dice M. Renan respecto de la profecia sobre la ruina de Jerusalén que hace Jesucristo en este Evangelio.

En efecto, M. Renan, de quien es aquí un mero eco M. Havel, profesa y practica la misma doctrina que reconoce en una profecia bien caracterizada un testimonio sobrenatural.

Deduce de la profecia de JESUCRISTO, referida en el capítulo XXI de San Lucas, que puede fijarse con mucha precision la fecha de este Evangelio y que de seguro fué escrito despues del sitio de Jerusalén; é insiste en ello por cuatro veces en su obra, tan perentoria y decisiva le parece esta razon.³

Y nótese cuán preciso le es que lo sea, para prevalecer sola contra todas las razones que asignan al Evangelio de San Lucas una fecha anterior; nótese tambien que en esta fecha anterior al acontecimiento la profecia de Jesus, prodigiosa seguramente, lo es menos, no obstante, en cuanto á la anterioridad, que las demás profecías. ¡Cuán sobrenatural debe ser, pues, el carácter que tienen estas!

Así, relativamente á una de ellas, la de Daniel, en la parte concerniente á las revoluciones de los imperios, no vacila M. Renan en hacerla descender con posterioridad á los acontecimientos de que habla, al tiempo de Antioeo Epifanes, por la princi-

1 *Revista de ambos Mundos* de 1º de Agosto de 1863, p. 63.

2 *Ibid.*, *ibid.*, 570.

3 *Vida de Jesus*, p. XVII, XXXIX, XLI, y p. 418.

4 Véase la obra *Ladner's Credibility of the Gospel's history*, part. II.

pal razon de hallarse claro y determinado en ella el anuncio de estos acontecimientos.¹ Y llega hasta á llamar á esta profecía, por este motivo, una falsificación.²

Así pues, el autor de la *Vida de Jesus* y M. Havet profesan, que la profecía pertenece á la clase ú orden del milagro.

Séame permitido demostrar has qué punto tienen razon, recordando una página en que yo mismo he espuesto esta verdad.

“Es tal, decia yo, la fuerza de las profecias, en concepto de quien examina atentamente su antigüedad, su número, su repetición, su precision y exactitud con los acontecimientos á que se refieren, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como el de la resurrección de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que precedirla en quien no existe todavía, cuando la predicción es de tal suerte anterior, tan lejana, tan circunstanciada y puntual, que solo el Autor de la vida puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde en tal caso con el de *producir*, del que es una derivación. El tiempo opono á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados; son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira... Solo él puede abrirlas y descubrir lo que solo él puede hacer.—No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo: esto no es exacto sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente, y entra en las leyes generales bajo las cuales nos hallamos colocados, porque entonces no es propiamente futuro este suceso puesto que existe ya en el momento presente como en su germen; solo se trata de desprenderlo de él; de la misma manera que la medicina puede detener la vida en un cuerpo que ésta no abandonó aún enteramente y en alguno de cuyos órganos reside todavía. Pero cuando no existe en él absolutamente la vida; cuando se halla de tal suerte sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste ningun principio ni relacion de ella en lo presente; cuando es su objeto tan singular é individual que escapa á toda inducción sacada de las leyes generales, y finalmente, se halla arrojado lejos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la predicción es un verdadero prodigio y el poder de profetizar, de *suscitar*

1. *Vida de Jesus*, introducción, p. XI.

2. *Ibid.*, p. 252.

en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar*.¹ ¿Qué será pues cuando el suceso no es solamente lejano y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, una concepción, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es una prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?²

Tales son pues, deciamos, nuestras profecias. Despues de esto, las desarrollámos.

Debiamos esperar que M. Renan contestase á esta segunda parte de nuestra demostracion, tanto mas, cuanto que se hallaba de acuerdo con nosotros sobre la primera. Reconociendo el carácter sobrenatural de la profecía, debia contradecir su existencia, á no pasarse enteramente á nuestro campo. Así es que ha combatido la existencia de las dos profecias que he mencionado mas arriba, la de la profecía de la ruina de Jerusalén por Jesucristo en San Lucas, y la de la revolucion de los imperios por Daniel.

Pero ¿quién lo creeria? esceptuando estas profecias (y aun insiste sobre la negacion de la primera) confiesa todas las demás, ¡tan bien consignadas y demostradas se hallan y tan incontestables son! ¡hasta tal punto, en cuanto ha querido salir del vacio de la negacion, para poner el pié en el terreno positivo de la historia, las ha visto levantarse ante él y envolverle con su realidad, abrumarle con su certidumbre y deslambrarle é inundarle con su claridad!

Y así, no las refiere y las espone una sola vez y como de paso, sino estensa y determinadamente y en términos que no dejan nada que desear.

Vamos á cederle la palabra, limitándonos á apuntarle por medio de citas en notas, con los textos á que él mismo nos remite.

“La raza semítica, dice, es la que tiene la gloria de haber hecho la religion de la humanidad. Mucho mas allá de los confines de la historia, debajo de su tienda, que permaneció pura de los desórdenes de un mundo ya corrompido, preparaba la fe

1. Por esto la calificación de *profeta* envolvía la de *taumaturgo*. En el capítulo LXVIII del *Ecles.* leemos, que el cuerpo de Eliseo profetizó despues de su muerte, porque su contacto resucitó á un muerto que habia sido colocado en la misma fosa. Asimismo, al ver los milagros que obraba Jesucristo decian los judíos: “Ha aparecido un gran *Profeta* entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo.” (San Lúe. XVI, 7.)

2. *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. IV, p. 159.

“del mundo el patriarca beduino.¹ De todas las tribus de los “semitas nómadas, la de Beni-Israel estaba ya designada “para inmensos destinos.² Una ley ó *Thora*, escrita de muy “antiguo en tablas que atribuían á su gran libertador Moisés, “era ya el código del Monoteísmo, y encerraba, comparada “con las instituciones del Egipto y de la Caldea, poderosos “gérmenes de igualdad social y de moralidad.” M. Renan “menciona en seguida la institución del Arca y del sacerdocio. “No provino, sin embargo, de aquí la institución que decidió el “porvenir. Además de sus sacerdotes, cada tribu nómada te- “nia su *nabi* ó profeta, especie de oráculo viviente, á quien se “consultaba para la solución de las cuestiones oscuras que su- “ponían gran penetración. Los *nabi* de Israel fueron los ver- “daderos instrumentos de la primacía religiosa del pueblo judío. “Anunciaron de muy temprano esperanzas ilimitadas. Procla- “maron que le estaba reservado un reino sin límites, que un “*dia sería Jerusalén la capital del mundo entero* y que se ha- “ría judío el género humano. Apareciéronseles Jerusalén y su “templo como una ciudad colocada en la cima de una montaña “*hacia la que debían correr todos los pueblos, como un oráci- “lo de donde debía salir la ley universal, como el centro de un “reino ideal, donde el género humano, pacificado por Israel, “hallaría las delicias del Eden.*³ Un sueño gigantesco perseguía “hacia siglos al pueblo judío, que creyó poseer las promesas di- “vinas de un porvenir sin límites. Antes del cautiverio, cuando “se disipó todo el porvenir terrestre de la nación por medio de

1 El Señor Dios dijo á Abraham: *Haré salir de tí un gran pueblo; y todos los linajes de la tierra serán benditos en EL QUE SALDRA DE TÍ.* Génes., cap. XII, 3 y cap. XXII, v. 18.

2 “Entonces Jacob (que en su lucha con el ángel recibió el nombre “de *Israel*) llamó á sus hijos y les dijo: Reuníos todos para que os anun- “cie lo que debe acontecer en *los últimos dias.* No será quitado de Ju- “dá el cetro, y habrá siempre jefes de su raza *hasta que venga EL QUE HA “DE SER ENVIADO, Y SERA LA ESPECTACION DE LAS GENTES.* (Génes., “cap. XLIX, v. 8, 9 y 10.) Esperaré al SALVADOR QUE HABEIS DE EN- “VIAR, Señor. (Génes., cap. XLIX, v. 18.) Durarán mis bendiciones “hasta que haya venido EL DESEADO DE LOS COLLADOS ETERNOS.” (Génes., cap. XLIX, v. 26.)

3 *Vida de Jesus*, p. 5, 6, 7 y 8. “En los últimos tiempos, se elevará “sobre collados la casa del Señor y *aspirarán á ella TODAS LAS NACIONES.* “Y la multitud de los pueblos irán á ella diciendo: Venid y mostraos en la “montaña del Señor y en la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará las “vías, y marcharemos por sus senderos PORQUE LA LEY SALDRA DE SION, “Y LA PALABRA DEL SEÑOR, DE JERUSALEN.” (Isaías, cap. II.)

“la separación de las tribus del Norte, se soñó en la restauración “de David, en la reconciliación de las dos fracciones del pueblo, “en el triunfo de la teocracia y del culto de Jehová sobre los “cultos idólatras. En la época del cautiverio un poeta henchí- “do de armonía *vió* el esplendor de una Jerusalén futura, de que “habían de ser tributarios los pueblos y las islas remotas, con “tan suaves y delicados colores que parecía haberla penetrado, “á distancia de diez siglos, un rayo de las miradas de Jesu- “cristo.”

1 *Vida de Jesus*, p. 49 y 50. “Los ojos soberbios del hombre serán “aumillados y será abolida la altivez de los grandes, y solo el Señor apa- “recerá grande en aquel dia, y LA IDOLATRIA SERA ENTERAMENTE DES- “TRUIDA. (Isaías, cap. II, v. 11, 17 y 18.) Desde donde nace el sol hasta “donde se pone, *su nombre será grande entre las naciones*, y en todo lu- “gar se sacrificará y OFRECERA EN MI NOMBRE UNA HOSTIA PURA. (Ma- “laquías, cap. I, v. 11.) Escuchadme vosotros que sois mi pueblo, porque “la ley saldrá de mí y mi justicia será establecida para luz de los pueblos. — “Vendrá un dia en que diré: VEDME AQUI PRESENTE á mí que hablé “en otro tiempo. El Señor ha hecho ver su brazo á los ojos de todas las “naciones, y todas las regiones de la tierra verán al SALVADOR QUE DE- “BE ENVIAR NUESTRO DIOS. El rociará muchas gentes; y los reyes per- “manecerán ante él en silencio, porque aquellos á quienes no fué anun- “ciado le verán y los que no habían oído hablar de él, le contemplarán. “(Isaías, cap. LI, v. 4 y cap. LII, v. 6 y 14.) Envía, Señor, EL CORDERO “DOMINADOR DE LA TIERRA. (Isaías, cap. XVI, pág. 1.)—Por Sion no “callaré hasta que salga su Justo como un resplandor.—Y verán las gen- “tes á tu Justo, y todos los reyes de la tierra verán á tu INCLITO (ó prin- “cipe deslumbrador de gloria) y te será puesto un nombre nuevo. (Isaías, “cap. LVII, v. 1 y 2.)—Cielos, envidiad rocío de lo alto y las nubes luevan “al Justo; ábrase la tierra y brote al SALVADOR. (Isaías, cap. XLV.) “He aquí lo que dice el Señor que creó los cielos, el Dios que creó la “tierra: Yo no he hablado en oculto. *Yo soy quien anuncio desde el prin- “cipio lo que no debe acontecer hasta el fin.* (Modo de caracterizar la pro- “fecia que se manifiesta frecuentemente.) Yo he jurado por mí mismo “que toda rodilla se doblará ante mí, y que toda lengua jurará por mi “nombre. Todas mis resoluciones son inmutables, y toda mi voluntad “será ejecutada: Lo he dicho y lo haré; formé el designio y lo realizaré. “(¡Admirable carácter de resolución!) Próximo se halla el tiempo de en- “viar mi justicia, no la diferiré y NO TARDARA YA EL SALVADOR QUE HE “DE ENVIAR. (Isaías, cap. XLV y XLVI.)—Cercano está el JUSTO QUE “DEBO ENVIAR; EL SALVADOR QUE HE PROMETIDO va á parecer, y mi “brazo hará justicia á las naciones. (Isaías, cap. LI.)—Un poco tiempo “aún, y yo comoveré el cielo y la tierra y la mar y todo el universo; y “moveré todas las gentes, y VENDRA EL DESEADO DE TODAS LAS NACIO- “NES. (Aggeo, cap. II, v. 7 y 8.)”

Concíbase, que en vista de tales textos, cuya autenticidad nos garanti- “zan los judíos: la traducción de los setenta la letra; y las paráfrasis cal- “daicas, el sentido, haya tenido M. Renan que condenarse á sí mismo.—Y

M. Renan espone en seguida aquel famoso capítulo LIII de Isaías, en que traza el profeta un retrato tan prodigiosamente parecido á *Jesus*, considerado bajo su doble carácter de padecimiento y de gloria, que le ha valido la calificación de *el quinto Evangelista*.

“Háuse oído ya acentos desconocidos, dice M. Renan para exaltar el martirio y celebrar el poder del *hombre de dolor*. —“A propósito de alguno de estos sublimes pacientes, que como Jeremías, teñían con su sangre las calles de Jerusalén, como puso un inspirado, un cántico sobre los padecimientos y el triunfo del servidor de Dios, en el que parece haberse concentrado toda la fuerza profética del gran génio de Israel. —*Elevábase como un débil arbusto,*² como un tallo nuevo que se alza de una tierra árida, y no tenía gracia ni belleza. Abrumado de oprobios, abandonado de los hombres, todos volvían de él su rostro; cubierto de ignominia, era tenido por nada. Y es que se había cargado con nuestros padecimientos y había tomado sobre sí nuestros dolores. Parecía un hombre herido por Dios, y señalado ó tocado de su mano. Cubriéronle de heridas nuestros crímenes, y destrozáronle nuestras iniquidades: el castigo que nos ha valido el perdón, ha pesado sobre él, y sus cardenales han sido nuestra curación. Nosotros éramos como un rebaño errante, cada cual se había extraviado y Jehová descargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Abrumado, humillado,

cuidado que esto solo es una pequeña parte de nuestras profecías. M. Renan ha evitado hablar de aquellas en que se presenta en los términos más enérgicos la reprobación de los judíos como concomitante á la vocación de los gentiles. Ha eludido ó no ha dicho más que una palabra equívoca de la admirable é incontestable profecía *Ecce Virgo concipiet*, etc., etc. Véase sobre esto nuestros *Estudios*.

1 Nos reservamos hacernos cargo de este á propósito, así como sobre el génio de Israel, que termina esta frase, únicos atenuantes que M. Renan ha tratado de oponer á la fuerza abrumadora de esta prodigiosa profecía.

2 El texto dice: *se elevará, ascendet*. M. Renan espone toda esta profecía en tiempo pasado, excepto su final; pero la verdad es que se refiere ya á lo futuro, ya á lo pasado, ya á lo presente, que es el verdadero carácter de la profecía cristiana, por la doble razon de que todos los tiempos son indiferentes para la luz de Dios y que los efectos de la expiación de Cristo han refluído sobre todos los tiempos *Agnus occisus est ab origine mundi*. Es también notable, en esta maravillosa profecía, que todo cuanto se dice de los padecimientos expiatorios del Salvador está en tiempo pasado, y que todo lo que se refiere á su triunfo evangélico, está en futuro.

“no desplegó los labios;¹ dejóse llevar á la inmolacion como un cordero; como una oveja silenciosa ante el que la trasquila, no abrió la boca.² Considerábase su sepulcro como el de un delincuente, y su muerte como la de un impio.³ Pero en el momento que haya ofrecido su vida, verá nacer una posteridad numerosa y se verán favorecidas las miras de Jehová en su mano.”⁴

Tiene razon M. Renan en ver toda la fuerza profética concentrada en este *Ecce Homo* que presenta Isaías ochocientos años antes que lo fué por Poncio Pilatos: seguramente es esto prodigioso y sobrenatural. M. Renan, que niega que las profecías de Daniel fueran escritas durante el cautiverio, por anunciarse en ellas los acontecimientos relativos á la revolucion de los imperios de un modo claro y determinado⁵ (razon que le abruma en las demás profecías que reconoce), confiesa no obstante que aparecieron bajo el reinado de Antiocho Epifanes, ciento setenta y cinco años antes de Jesucristo.⁶

1 Si fué ofrecido, dice aquí la profecía, es porque quiso serlo.

2 Murió en angustias, habiendo sido condenado por jueces. “Otro rasgo que se omite muy importante.” (Isaías, LIII, 8.)

3 Pero tendrá el premio de estos padecimientos y será lleno de él y justificará á gran número de hombres con el conocimiento que tendrán de él, habiendo llevado sobre sí los pecados de ellos. —“El Señor le dará por su porcion á muchos, porque él mismo fué entregado á la muerte; y con los malvados fué contado, y él cargó con los pecados de todos y rogó por los transgresores.” (Isaías, cap. LIII, v. 11 y 12.) — Concíbese, despues de tales profecías que llegan en Daniel á la precisión cronológica del sacrificio de la cruz, que venga á decirnos M. Scherer: “Lo cierto es que el Antiguo Testamento no contiene una palabra relativa á un Mesías que padece, muere y expia los pecados!”

4 *Vida de Jesus*, p. 58. “Se había mandado sepultarle con los malvados, ha estado con el rico en su muerte.” (Isaías, cap. LIII, 9.) Admirable rasgo profético de la circunstancia evangélica de José de Arimatea, hombre rico, *homo dives*, que obtuvo de Pilato el cuerpo de Jesus, y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho abrir para él en una roca. (San Márcos, XV, 46.) Este sepulcro profetizado glorioso. *Et erit sepulchrum ejus gloriosum*. (Is., XI, 10.)

5 *Vida de Jesus*, introduccion, p. XI.

6 M. Renan, tanto en esta negacion como en esta confesion, solo es un eco de Porfirio, sin tener en cuenta las refutaciones antiguas y modernas que confundieron á este escritor; pero es favorable esta negacion en cuanto que señala la medida de su confesion. Ya lo hacíamos notar nosotros hace veinte años, en nuestros *Estudios*: “Las profecías de Daniel sobre este pasaje de Jesucristo, se nos ofrecen con dos garantías decisivas: la primera es la confesion forzada del pagano Porfirio, que en la fuerza de su prevencion, interesada en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de Antiocho Epifanes (tan bien justificada “por los sucesos, que mas parece haber referido cosas pasadas, dice él, que

También reconoce su valor en lo relativo al Mesías. "El libro de Daniel, dice, apareció durante las persecuciones de Antiocho Epifanes, produciendo el efecto de un renacimiento del profetismo, pero bajo una forma muy diferente de la antigua y con un conocimiento mucho más vasto de los destinos del mundo. El libro de Daniel dió en cierto modo su última expresión á las esperanzas mesiánicas. No fué ya el Mesías un rey, á la manera de David y de Salomón, un Ciro teócrata y mosaista; fué un *Hijo del Hombre*, que aparecía en la nube, un ser sobrenatural revestido con la apariencia humana, encargado de juzgar al mundo y de presidir la edad de oro."¹

M. Renan nos remite al texto que quiere indicarnos. Autorizados así por él para consultarlo, vamos á reproducirlo por cuenta de su confesión.

He aquí este texto, verdadero espejo profético en el cual aparece, quinientos treinta y siete años antes de su venida (ciento setenta y cinco años, según Porfirio y M. Renan) la gran figura del Hijo del Hombre, que recibe de esta suerte, por medio de esta anticipación prodigiosa, un testimonio deslumbrador de divinidad.

"Miraba yo estas cosas, en la visión de la noche, dice el Pro-

descripto acontecimientos futuros), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel fué escrito por un desconocido, durante el reinado de aquel príncipe. (*Porphyr. apud Hieronym. præfat. in Daniel.*) Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputación carece de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el más alto punto á que había osado llegar la incredulidad respecto de las profecías, y en justificación de las otras dos de Daniel sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejó subsistentes con una anterioridad muy bastante, aunque no completa; ataque semejante á esas crecidas de los ríos que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto, que supo prever este caso y arrostrarlo.

"La segunda garantía, decíamos, está en la siguiente declaración del historiador judío Josefo: "Todas estas desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nación durante el reinado de Antiocho, como había predicho Daniel MUCHO TIEMPO ANTES—habló también del poder de los romanos y de su imperio,—y predijo los males que debían abrumar á nuestra nación.—Aun se leen en nuestras asambleas todos los escritos que nos ha dejado Daniel. (*Antiq. Judaica*, lib. X, cap. XII.) Todos estos escritos de Daniel forman, por lo demás, parte de la traducción de los Setenta, y así existían notoriamente en el mundo desde cerca de trescientos años." (*Estudios filosóficos*, tomo IV, pág. 250 de la 16.^a edición.)

1 *Vida de Jesús*, p. 15.

"feta, y vi cómo el HIJO DEL HOMBRE que venía con las nubes del cielo, y que se llegó hasta el Anciano de los días. Y sus ángeles se presentaron delante de él y él le dió potestad, honor y reino, y todos los pueblos y todas las tribus; diciendo: "que todas las razas y todas las lenguas le servirán, que su potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su reino no será destruido, no tendrá fin."¹

¡Qué profecía cuando se la compara con la inscripción romana que cada siglo que pasa la graba más profundamente: *Christus vincit! Christus regnat! Christus imperat!*

¿Dónde está lo sobrenatural, dónde está el milagro, dónde está la intervención manifiesta de la Divinidad si no es en los dos prodigios de semejante cumplimiento, multiplicados en cierto modo, uno por el otro, para elevarse á la más alta potestad? Y si profetizar acontecimientos naturales es un prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?

Pero no es esto todo.

Este mismo Daniel profetizó no solamente este poder prodigioso de Cristo, sino que predijo su inmolación, que lo hace aun más prodigioso. Predijo la gloria del CRUCIFICADO.—Y verificó esta predicción con tal exactitud en las fechas y circunstancias, que se han apoyado en ella la historia y la astronomía.²

Todo el mundo conoce aquella célebre profecía de las *Semanas*, que sin duda por esta razón no ha citado M. Renan, pues

1 Daniel, VII, 13 y siguientes.

2 Un joven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia por una muerte prematura, y cuyos especiales y numerosos conocimientos, dice el sabio naturalista Bonnet, se hallaban realzados por una modestia, un candor y una piedad aun menos comunes, M. DE CHESEAUX, hizo en las profecías de Daniel descubrimientos astronómicos que pasaron á dos de los primeros astrónomos de este siglo, MAIRAN y CASSINI. "No es posible dejar de convenir con las verdades y descubrimientos que se prueban en vuestra disertación, le escribía Mairan; pero no puedo comprender (era incrédulo) cómo y por qué se hallan tan exactamente contenidas en las Sagradas Escrituras." Sin detenerse Cassini como Mairan, en el cómo y por qué, declaró muy poco después haber hallado todos sus métodos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna deducidos del ciclo de Daniel y de la llegada de los equinoccios y del solsticio en el meridiano de Jerusalén, completamente demostrados y perfectamente conformes con la más exacta astronomía. "¿Hubiérase sospechado, dice Bonnet, que enriquecería la astronomía trascendental el estudio de un profeta, y que nos procuraría sobre ciertos puntos muy difíciles de esta bella ciencia un grado de precisión muy superior al que había dado el cálculo hasta entonces!" (*Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por C. Bonnet; Amsterdam, 1783, p. 163, nota.)

por lo demás forma parte de la del *Hijo del Hombre* que acaba de esponer. Conviene, no obstante, reproducirla. Es la siguiente:

“Oye la palabra, dice el Espíritu de Dios al profeta, y ve la vision:

“A setenta semanas¹ se reduce el tiempo decretado sobre tu pueblo y sobre la ciudad santa para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vision y la profecia, y sea ungido el Santo de los Santos.²”

“Sabe pues y nota atentamente:

“Desde la salida de la palabra (ó desde la publicación del Edicto) para que Jerusalén sea reedificada hasta Cristo Principe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas (sesenta y nueve semanas de las setenta del cómputo general) y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia.³”

“Y despues de las sesenta y dos semanas¹ será muerto el

¹ Semanas de años, que siendo cada una de siete años, forman cuatrocientos noventa años, duracion exacta, partiendo del punto que va á fijar la profecía hasta la muerte de CRISTO.—Véanse las justificaciones respecto de pormenores, por otra parte incontestables, en nuestros *Estudios*, tomo IV, p. 253.

Ahora se comprenderá el interés de M. Renan y de Porfirio en pretender que el libro de Daniel, obra de un desconocido segun ellos, compuesto en el reinado de Antioco Epifanes, no ascienda mas que á 175 años antes de Jesucristo, en lugar de su fecha verdadera; pues con esto se destruye todo el cálculo de las semanas. Pero además de ser puramente gratuita esta pretension, existe siempre contra ellos el prodigio de los acontecimientos profetizados, cuya precision es tan prodigiosa como la de las fechas, y esto es lo menos que reconoce M. Renan.

² Este es el cuadro general de la profecía, en que se define ó marca claramente (y en qué términos!) el fin total del advenimiento de Cristo (la redencion del género humano del pecado original, objeto de todas las profecias que hallaron en él su consumacion).

³ Aquí aparece, con la mayor exactitud la precision cronológica, el punto de partida (el edicto de *Artaxerxes Longi-Mano*) y el punto de llegada (la aparicion de CRISTO). Observemos aquí que llega á ser pueril el sistema de la incredulidad, de posdatar la profecía, porque no parte el cómputo de las semanas de la fecha de la profecía, sino de la del Edicto.

⁴ De esta division de semanas en 7 y 62 resulta que se dan para la construcción de Jerusalén en tiempos de angustias, 7 semanas, es decir, 49 años, lo cual se realizó á la letra bajo la direccion de Nehemias, (Esdra, lib. II, cap. 4, 5, 6 y 7) y las otras 62 á todo el tiempo trascurrido despues hasta la muerte de CRISTO. Queda la semana septuagésima que va á ser, por sí sola, objeto de la segunda parte ó segundo término de la profecía.

“Cristo y no será mas suyo el pueblo que lo negará.¹ Y un pueblo con su caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y dispersará sus restos (fin devastador!) y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada.²”

“Y afirmará su alianza (Cristo) con muchos en la última semana (que es la setenta); y en medio de esta semana serán abolidos los sacrificios, y será en el templo la abominacion de la desolacion y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.³”

Apenas puede creerse á los ojos cuando se lee este oráculo, que podria considerarse como una cronología compuesta des-

¹ ¡Qué rasgo! Por lo demás, viene á reanudarse ó ligarse con todas las demás profecias que hacen coincidir igualmente la reprobacion de los judios con la vocacion de los gentiles, por la muerte de CRISTO.

² No solamente se predice en general este misterio tan inimaginable, sino que se relata aquí con sus pormenores, y se convierte en historia la profecía. Los romanos, Tito, el sitio de Jerusalén, la ruina y la devastacion del templo, la desolacion del pueblo judío, perpétuamente aparecen aquí quinientos años antes del suceso en la vision de Daniel, tales como se han descrito en la obra *De bello judaico*, de Josefo. Y el mismo Josefo, con la misma pluma que refiere el acontecimiento, confiesa tambien la profecía. “Todas estas desgracias cayeron sobre nuestra nacion como predijo Daniel, mucho tiempo antes del reinado de Antioco. . . . Tambien habló del poder de los romanos y de su imperio, y predijo los males que debian abrutar á nuestra nacion.” Finalmente, oid, no solo al historiador, sino al ejecutante de la profecía, á Tito, predicho tambien por ella (*duce venturo*) esclamar: “He hecho esta guerra conducido por Dios. . . . No soy yo quien ha vencido; yo solo he prestado mis manos á la venganza divina.” (*Jos. de bello Jud.* lib. VII, cap. XII.)

¿Es esto sobrenatural?

¡Siempre para no ver tendrás los ojos, Ingrato pueblo!

³ El profeta lleva aquí la precision ó exactitud á la precision misma. Despues de haber, en efecto, dividido las 70 semanas, en 7, 62 y 1, despues de haber hecho caer la muerte de CRISTO despues de las 62, es decir, las 69 del cómputo general, y por consiguiente en la semana septuagésima, ó sea, entre el año 30 y el 37 de la era cristiana, como aconteció en efecto, vuelve á ocuparse de esta última y septuagésima semana como siendo digna, por su importancia, de considerarse separadamente; y concentrando nuestras miradas en este fondo de la perspectiva profética, determina así su objeto: “Y afirmará CRISTO su alianza con muchos en una semana.”—Y en efecto, al año trigésimo de su vida, abrió JESUS con sus predicaciones el reino de la nueva alianza.—“Y en medio (ó á la mitad) de esta última semana, (es decir, á los treinta y tres años y seis meses), serán abolidos los holocausto y los sacrificios, como lo fueron en efecto, en todo el universo, por el único Sacrificio de JESUCRISTO, de que solo habian sido figuras. Despues, “será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin,” como vemos que dura aún y prosigue á nuestra vista.

pues del acontecimiento; y se experimenta aquel asombro que hizo caer á Nabucodonosor á los piés de Daniel esclamando: "Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano."¹

Hemos citado y hecho resaltar esta gran profecía, porque se relaciona estrechamente con la del HIJO DEL HOMBRE que soñala M. Renan al hablar de este "Libro de Daniel" que *dió, dice, en cierto modo su última expresión á las esperanzas mesiánicas*;—y porque, por otra parte, no sufre el menor menoscabo de la única objecion que se hace á este libro, de no haberse compuesto hasta el reinado de Antioeo Epifanes.

M. Renan reconoce ó confiesa, sin disimularlo, otra magnífica profecía: la de Malaquías, sobre el Precursor: "El profeta Malaquías, dice, anunció enérgicamente un precursor del Mesías que debía preparar á los hombres á la renovacion final, un mensajero que vendria á allanar los caminos ante el escogido de Dios."²

Para apreciar el carácter de esta profecía es necesario observar que es la última. Estaba reservado al último profeta predecir una circunstancia de la venida de JESUCRISTO deseñada hasta entonces, á saber, que tendria un Precursor.—Malaquías que por una parte termina la cadena de profetas que asciende hasta los patriarcas, se inclina por la otra, en cierto modo, como para dar la mano al través de cuatro siglos de silenciosa expectativa á Juan Bautista, precursor inmediato de JESUCRISTO. Los términos del profeta corresponden admirablemente con este carácter finalmente indicativo:

"Hé aquí yo envío mi Angel que preparará mi camino ante MI FAZ; y luego vendrá á su templo el DOMINADOR á quien buscaís, y el ANGEL DEL TESTAMENTO (ó alianza), que tanto deseáis. HELE AQUI QUE VIENE."³

Abusando M. Renan de la creencia judía sobre que debía volver al mundo el profeta Elías para preparar los caminos al Mesías, y tomándola en un sentido *judáico*, se esfuerza en desviar de Juan Bautista la aplicacion de esta profecía. Reconoce, no obstante, que Juan hacia recordar efectivamente esta *extraña figura de la antigua historia de Israel*;⁴ que era tam-

1 Daniel, II, 47.

2 *Vida de Jesus*, cap. 199.

3 Malaquías, cap. III, 1.

4 *Vida de Jesus*, pág. 201.

bien otro Elías.—"Si quereis comprenderlo, Juan es Elías que debe venir,"¹ decia Jesus á los judios y en ellos á M. Renan.—M. Renan acaba al fin por comprenderlo, y tan perfectamente, que la belleza del carácter y de la mision de Juan Bautista le inspira las líneas mas bellas, en nuestro concepto de su *Vida de Jesus*:

"Juan permaneció—siendo en la leyenda cristiana lo que fue en realidad, el austero preparador, el predicador melancólico de penitencia antes de los regocijos de la llegada del Esposo, el profeta que anuncia el reino de Dios, y muere antes de verlo. Gigante de los orígenes cristianos, este hombre que se mantenía con langostas y miel silvestre, este reparador de injusticias, fue el ajeno que preparó los labios á la dulzura del reino de Dios. El degollado de Herodias abrió la era de los mártires cristianos, y fue el primer testigo de la conciencia nueva. Los mundanos que reconocieron en él á su verdadero enemigo, no pudieron permitir que viviese; su cadáver mutilado, tendido en el umbral del Cristianismo, trazó la sangrienta vía por donde debían pasar despues que él tantos otros."²

Este es el precursor predicho por Malaquías y de quien decia: *Hé aquí al que viene*.

Despues de esta profecía indicatoria, no hubo ya mas hasta Juan en el espacio de cuatro siglos. "Dios otorgó á la magestad de su Hijo, dice Bossuet, que hiciera callar á los profetas durante todo este tiempo, para tener á su pueblo en espectacion respecto de Aquel que debía ser el cumplimiento de todos los oráculos."³

No faltó el pueblo á esta grande espectacion, y M. Renan lo demuestra perfectamente.

"Israel sostuvo admirablemente esta vocacion, dice, al través de numerosos desalientos. Sucédese, para la defensa de las antiguas instituciones una série de hombres piadosos, Esdras, Nehemias, Onias, los Macabeos, devorados del celo de la Ley. La idea de que es Israel un pueblo de Santos, una tribu escogida por Dios y ligada á él por un contrato, echa raíces cada vez mas hondas. Llena las almas una espectacion inmensa. Toda la antigüedad Indo-europea habia colocado el paraíso en el origen (del mundo); todos los poetas habian llorado una edad de oro desvanecida. Israel ponía la edad de oro en él

1 San Mateo, XI, 14.

2 *Vida de Jesus*, pág. 202.

3 *Discurso sobre la Historia Universal*, part. II.

“porvenir,¹ Israel llega á ser verdaderamente y por excelencia el “pueblo de Dios, en tanto que las religiones paganas se reducen mas y mas en torno suyo en Persia y en Babilonia, á un “charlatanismo oficial; en Egipto y Siria, á una tosca idolatría; “y en el mundo griego y latino á ostentosos alardes. Los ju- “dios hicieron durante los dos siglos precedentes á la era cris- “tiana lo que han hecho los mártires cristianos en los primeros “siglos de nuestra era, lo que han hecho las victimas de la or- “todoxia perseguidora en el seno mismo del Cristianismo hasta “nuestro tiempo.² Fueron una protesta viva contra la supersti- “cion y el materialismo religioso, haciendo de ellos en esta épo- “ca, un movimiento extraordinario de ideas que iba á parar á “los resultados mas opuestos, el pueblo mas notable y mas ori- “ginal del mundo.”³

M. Renan no nos deja el cuidado de consignar otro fenómeno inexplicable, si no es sobrenatural; á saber, que esta prodigiosa espectacion del Mesias, que no se cansó ni precipitó jamás durante cuatro mil años; que jamás se detuvo ni distrajo sobre ningun objeto, ni en ninguna época con anterioridad á Jesu- cristo, profetizó en cierto modo ella misma su término, en el momento en que iba á llegar á él ó mas bien para hablar con mas exactitud, reconoció este momento en las marcadas señales que de él habian dado las profecías.

“La Revolucion⁴ ó en otros términos, el mesianismo ocupa- “ba entonces todos los entendimientos. Creíanse en visperas de “ver aparecer la gran renovacion; la Escritura, atormentada en “diversos sentidos alimentaba las mas colosales esperanzas. Veía- “se en cada línea de los simples eseritos del Antiguo Testamen- “to la seguridad y en cierto modo, el programa del reino futuro “que debia traer la paz á los justos y sellar para siempre la obra “de Dios.⁵ Los reinados de los últimos Asmoneos y el de Hero- “des, vieron aumentarse mas la exaltacion, verificándose una

1 No la ponía ménos en lo pasado, con la diferencia, de que ponía la reparacion de su pérdida en el porvenir, y de él habrían recibido las demás naciones este recuerdo y esta esperanza, en El que era llamado *el deseado de todas las naciones*.

2 Conservamos esta frase en obsequio á la fidelidad de la cita. Hay clases de mártires, como respecto de otras cosas: *hay mártires y mártires*; y se les *conoce en sus fratos*, como á las demás cosas.

3 *Vida de Jesus*, pág. 12.

4 Extraño anacronismo de lenguaje, en el sentido absoluto y subver- sivo que da M. Renan á esta palabra.

5 *Vida de Jesus*, p. 63.—No es este el *dada Revolucion*.

“série no interrumpida de movimientos religiosos. Distruido el “mundo con otros espectáculos, no tiene ningun conocimiento de “lo que pasa en este rincon olvidado del Oriente. Sin embargo, “las almas al corriente de su siglo, se hallan *mejor enteradas*. “El tierno y *perspicaz* Virgilio parece responder, con un eco “secreto, al segundo Isaias; el nacimiento de un niño parece ar- “rojarlo en sueños de palingenesia universal. Estos sueños eran “frecuentes y comunes, y formaban como una especie de litera- “tura que se encubrió con el nombre de Sybilas. La reciente “formacion del imperio exaltaba las imaginaciones; la grande “era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibi- “lidad melancólica que experimentan las almas despues de largos “periodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas “esperanzas.¹

“La espectacion se hallaba en su mayor auge en Judea; per- “sonas santas, entre las que se cita á un anciano Simeon, que “segun la leyenda tuvo á Jesus en sus brazos, y á Ana hija de “Phanuel, considerada como profetisa, pasaban su vida alrede- “dor del templo, ayunando, orando, para que pluguiese á Dios “no llevárselas del mundo sin haber visto el cumplimiento de las “esperanzas de Israel. Siéntese en todo esto una poderosa in- “cubacion, precursora de algun acontecimiento desconocido.

“Esta mezcla confusa de vistas lucidas y de *sueños*, esta al- “ternativa de *decepciones* y de esperanzas, estas aspiraciones

1 Todo esto se halla insinuado muy hábilmente para disminuir el pro- digio al confesarlo; tan grande es la trascendencia de esta confesion. Pudo suceder, que imprimiera en el mundo de las almas el nacimiento del Hijo de Dios, por oscuro que fuese, como una especie de estremecimiento, cuya impresion hubiera manifestado Virgilio, el alma mejor templada para sentirlo, en su célebre égloga, notable en este sentido, por cierta especie de énfasis que estaba en oposicion con el gusto siempre tan moderado del divino poeta. No obstante, considerando friamente las cosas, no me parece estar mas *enterado* ni haber sido mas *perspicaz* Virgilio que Ciceron, Suetonio, Tácito y Josefo, quienes autorizándose con los oráculos judíos, como ellos dicen, oráculos recojidos con el nombre de Sybilas, repitieron ellos tambien, la grande espectacion del género humano. Hay además en esto de particular, acerca de Virgilio, segun el relato de Josefo (*Antigüedades*, lib. 19, cap. 25, y lib. 15, cap. 13), que Herodes el Grande fué á Roma en 714, el mismo año en que compuso Virgilio su égloga, y que habitó con Pollion, amigo de Virgilio; Pollion, cuyo nombre lleva la égloga, y á cuyo consulado se hace el honor del prodigio que en ella se canta. ¿Cómo dudar que no influyera un contacto tan inmediato con el rey de los judíos, tan preocupado entonces con la venida del Mesias en el giro y el colorido de esta égloga, y no le imprimiese un sello de *actualidad*?